

CUADERNOS ▶ ◀ INTER·C·A·MBIO

SOBRE CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

Universidad de Costa Rica / CIICLA

Poemas migrantes

Balam Rodrigo

DOI: <https://doi.org/10.15517/ca.v21i2.61346>

<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rintercambio>

¿Cómo citar este artículo?

Balam Rodrigo. (2024). Poemas migrantes. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 21(2), e61346. <https://doi.org/10.15517/ca.v21i2.61346>

Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe

Vol. 21, No. 2, julio-diciembre, 2024



Nota aclaratoria: este PDF no corresponde a la diagramación final del texto, sin embargo, puede ser citado sin problema ya que cuenta con un DOI y paginación electrónica. Al cerrar el número en construcción se reemplazará este PDF por la versión final y se agregarán las otras galeradas (EPUB y HTML).

Suwa': producción creativa (sección no arbitrada)

Poemas migrantes

Migrant Poems

Poemas migrantes

Balam Rodrigoⁱ

Sistema Nacional de Creadores de Arte, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

balamrodrigo@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.15517/ca.v21i2.61346>

Los ceiberos trashumantes¹

Camino de Centroamérica:

Deja que pase tu gente.

Deja que trafique, que siembre,
que cante.

Alberto Ordóñez Argüello

Hacia Guatemala, entonces.

Tapachula [...] al borde casi de la frontera.

Un taxi nos llevó hasta el río y entramos a Malacatán,
una aldea húmeda y solitaria.

Alejandro Rossi

¹ Este poema aparece publicado en el libro *Marabunta* (2018, pp. 11-24).

1.

Voy a cruzar con mi padre el río Suchiate.

Estamos en Frontera Talismán.

Iremos a vender a Guatemala,
a desandar las calles, a traficar.

Un pequeño hombre de rostro amoratado
llevará nuestra mercancía sobre su espalda.

Confiamos en él. Desconfiamos de la policía,
la migra y la fiscal en México.

Desconfiamos de los *verdes* y los *kaibiles*
en Guatemala.

2.

Nos quedamos sobre el puente mirando al hombre
que desciende trabajosamente al río
entre crujires de cardio y de maleza.

Se quita la ropa hasta quedar casi desnudo.

Respira hondo y vuelve a colocar la mercancía
sobre su espalda. Cruza las aguas del Suchiate,
río ya sin memoria: no es agua la que corre hacia el mar,
es la sangre de niños, mujeres y hombres
venidos de toda Centroamérica: buscan la tortilla,
no el pan. Buscan mejor vida, no la mejor tierra.

Buscan arrancar de sus cuerpos el odio y el hambre:
buscan olvidar la injusticia de los hombres.

3.

La muerte cruza por el aire el Suchiate.

El hambre cruza por el aire el Suchiate.

La enfermedad cruza por el aire el Suchiate.

El odio cruza por el aire el Suchiate.

Estas palabras cruzan por el aire el Suchiate.

4. (Intermedio migrante)

El río Suchiate es una larga cuchilla que corta pueblos,
ciudades, sueños de retorno. Quien cruza hacia el otro lado,
cruza hacia el silencio, sin regreso: sólo nos queda
la inmensa voluntad de roer los gajos de luz
que destila el horizonte, no la esperanza.

Nuestro único viaje seguro es al pasado, a la memoria
que terca nos arranca y arrebató la estación del futuro.

Lo que tus ojos no han podido herrumbrar
lo harán las llamas del norte en el desierto.

He aquí el verdadero *american way of life*:

nuestros párpados como un par de cuchillos
atizando el fuego inextinguible del olvido.

5.

El hombre ha cruzado el río y desaparece
bajo el puente. Ahora nosotros tenemos que cruzar.

No hemos sacado registro ni pase local.

No tenemos visa, ni pasaporte.
En Guatemala no nos piden FM-14.

Para nosotros no existe la frontera:

somos como el viento, como las nubes, como el humo.

Vamos de un lugar a otro, de un país a otro,
sin que nada nos detenga. Estamos hechos
de la misma sustancia del aire y nadie puede colocar
murallas o alambre de púas sobre el aire.

Nuestra casa está en el aire: no caminamos, flotamos,
danzamos de puntillas en el aire. Somos como la música,
como el polen, como estas palabras.

6.

Nos dijo el hombre en Frontera Talismán:
“los espero al otro lado, cerca de los buses”.

Al llegar, una sonrisa. Es un hombre de palabra.
Veinticinco quetzales, su paga. Nos dividimos la mercancía.
Si los verdes preguntan de quién es, nada sabemos.

Es una bendición. La zona fronteriza sin verdes ni policía,
sin soldados ni kaibiles. Llegamos a Malacatán
y comenzamos a trabajar, a vender nuestra mercancía
en las calles. Luego vamos a San Marcos y también mercamos.

Dios está de nuestro lado: Él tampoco necesita pasaporte.

7. (Intermedio migrante)

Atrás, el sordo rodar del río Suchiate:
rema la sangre a contracorriente de las venas y se detiene,
muerde pedazos de meandro, besa la orilla con labios de agua,
gotea sed y ahoga el mar que nos recorre cuerpo adentro:
iceberg negro que atraviesa los ojos y la noche.

Recuerdo pedazos de insomnio en el camino:
no hay en mi mano un ala, sólo vacío, vacío que late
como un trino: cierro mi puño y ahogo un ave
que chilla silencio en las ramas de la oscuridad.

De Centroamérica vienen recuerdos cruzando este río:
los escucho partir piedras y el lecho que soporta el peso
por la honda respiración de las aguas.

En la orilla, en los playones sepia de la ribera,
hay un ángel en cuclillas. Está ciego, como ciego estoy yo
por el camino y los golpes del sol y la tortura.

Aletea luz negra el ángel, hace invisibles mendrugos
con el viento. Posa los dedos de la mano izquierda
sobre la arena y lee —*celestial brailleo*— el infinito libro del caos.
Se yergue y camina sobre las aceitadas aguas del río
(debo decir aquí: degüella el ángel la espesa yugular
de la noche). Niebla el ángel, niebla que cae
y disuelve alas mientras silba luciérnagas y escupe una polilla.

Mastica y paladea zurdos y negros fonemas.

Luego extiende la palma de la mano derecha
dentro de la niebla que lo envuelve: *brillea*
los granos de vapor del agua y los lee,
tal como yo leo la última cifra de mi sangre en la arena.

8.

Por la tarde, casi con el crepúsculo, regresamos a la frontera.

En el camino de regreso vemos la danza de los trashumantes,
la danza de nuestros hermanos que viajan hacia el norte.

Ellos quieren llegar al menos a México, a mi país.

¿He dicho, *mi país*?

¿Tengo acaso país, me envuelven las ropas de alguna patria
o es capaz de sujetarme alguna frontera con sus límites?

¿Acaso me pertenece alguna tierra para que diga:
esta heredad es la mía?

Ni siquiera me pertenecen las palabras.

Siempre escapan en voz por mi garganta o se derraman
en mi cabeza, evaporándose como la oscuridad con el alba.

9.

Mientras dormía en el parque de San Marcos, tuve un sueño,
escuché una voz que me dictaba:

Aquí ya no hay guerrilla, pero las heridas de treinta años
de odio aún no cicatrizan. Casi no hay pájaros en Guatemala.
Sin libertad, el quetzal muere en su jaula.

Y los centroamericanos somos quetzales.

País o jaula jamás podrán contenernos, ni sujetarnos.

Migrantes, proscritos, extranjeros, nómadas, errantes.

Somos ceiberos trashumantes: jaguares apátridas.

10. (Intermedio migrante)

La distancia, ese verde cuaderno ceñido
por un largo cordón umbilical hecho de asfalto,
lengua de hulla: verbo negro. Pasan postes a mi lado,
árboles yertos y desnudos, erectos carbones,
lápices ahogados en brea que apuntan,
que escriben siglas en la faz del cielo
donde oscuros relámpagos y nubes de azahar
hacen de la tarde óleos de yodada añilería.

De los postes cuelgan invisibles frondas
estranguladas con lazos de cobre: nómadas guitas
de las que cuelgan pájaros y aladas notas al vuelo,
ahorcadas en este cielo vertical: larga techumbre,
voz de Dios que toca su fronteriza melodía.

En esta inmóvil ventana del bus viaje hundido en alquitrán,
betún o pavimento: escribo en un papel carbón
sobre el que marchan letras blancas que siguen guiones,
también albos: la carretera panamericana
es una línea interminable, un inacabable y negro mar
que toca, al fin, el borde de los sueños, este abismo,
este país, esta frontera.

11.

Hermano: ven a la sombra de la ceiba.

Ven a los brazos de la hermosa Centroamérica.

Aquí nos espera el descanso
de nuestra larga jornada por la tierra.

(La muerte vuelve a cruzar por el aire el río Suchiate).

Nos espera la muerte sentada en su hamaca.

Nos espera desnuda la muerte en la Casa del Aire.

Buscaremos eternidad en la Casa del Aire.

Centroamérica, Patria del Aire, Casa del Aire:

nosotros somos la misma sustancia del aire.

14°40'35.5"N 92°08'50.4"W — (Suchiate, Chiapas)²

Este es el origen de la reciente historia de un lugar llamado México.

Aquí migraremos, estableceremos la muerte antigua
y la muerte nueva, el origen del horror, el origen del holocausto,
el origen de todo lo acontecido a los pueblos de Centroamérica,
naciones de la gente que migra.

Vine a este lugar porque me dijeron que acá murió mi padre
en su camino hacia Estados Unidos,
sin llegar a ver los dólares ni los granos de arena en el desierto.

Bajé de los Cuchumatanes, desde los bosques
de azules hojas de la nación Quiché,
desde la casa en donde habitan la niebla y los quetzales
hasta llegar, cerca de Ayutla, a la orilla del río Suchiate.

Abandoné el olor a cuerpos quemados de mi aldea,
la peste militar con sus ladridos de “tierra arrasada”
mordiéndolo hueso y calcañar con metralas y napalm,
su huracán de violaciones y navajas
que aniquilaba a los hombres de maíz con perros amaestrados
por un gobierno que alumbrala el camino de sus genocidas
con antorchas de sangre y leyes de mierda.

Huí del penetrante olor a odio y podredumbre;
caminé descalzo hasta el otro lado del inframundo
para curarme los huesos y el hambre.

Nunca llegué.

² Este poema forma parte del *Libro centroamericano de los muertos* (2018, pp. 28-30).

Dos machetazos me dieron en el cuerpo
para quitarme la plata y las mazorcas del morral:

el primero derramó mis últimas palabras en quiché;
el segundo me dejó completamente seco,
porque a mi corazón lo habían quemado los kaibiles
junto a los cuerpos de mi familia.

Dicen algunos que en la ribera de este río
se aparece un fantasma, pero yo sé que soy,
que he sido y seré, el unigénito de los muertos,
guardián de mi propia sombra, negro relámpago de mi pueblo,
bulto ahogado en esta poza en donde inicia Xibalbá.

Dos fichas de cerveza *Gallo* pusieron en mis ojos:

todos los días veo cruzar por estas aguas a los barqueros de la muerte,
a los comerciantes del dolor que llevan en sus canoas de tablas
y cámaras de llanta, las almas de los migrantes
enfiladas puntualmente hacia el tzompantli llamado México.

Dicen polleros y coyotes que ven mi fantasma en la ribera,
por eso se santiguan y rezan al cruzar las aguas rotas
de este espejo seco en el que escriben su nombre
con el filo estéril de las hachas votivas.

Todos los días veo pasar a las hileras de muertos,
a los que migran sin llegar a Estados Unidos:

parvadas de cuerpos en pena, tristes figuras humanas,
barro entre los insomnes dedos de Dios.

Yo, primogénito de los migrantes muertos,
los recibo con un racimo de filosos machetes

en lugar de brazos, iluminado por la cara oculta
de esta luna leprosa:

bienvenidos al cementerio más grande de Centroamérica,
fosa común donde se pudre el cadáver del mundo.

Bienvenidos al abierto culo del infierno.

Sermón del migrante (bajo una ceiba)³

Declaro: Que mi amor a Centroamérica muere conmigo.

Francisco Morazán

Y Dios también estaba en exilio, migrando sin término;
viajaba montado en La Bestia y no había sufrido crucifixión
sino mutilación de piernas, brazos, mudo y cenizo todo Él
mientras caía en cruz desde lo alto de los cielos,
arrojado por los malandros desde las negras nubes del tren,
desde góndolas y vagones laberínticos, sin fin;
y vi claro como sus costillas eran atravesadas
por la lanza circular de los coyotes, por la culata de los policías,
por la bayoneta de los militares, por la lengua en extorsión
de los narcos, y era su sufrimiento tan grande
como el de todos los migrantes juntos, es decir,
el dolor de cualquiera; antes, mientras estaba Él en Centroamérica,
esa pequeña Belén hundida en la esquina rota del mundo,
nos decía en su sermón del domingo, mientras bautizaba
a los desterrados, a los expatriados, a los sin tierra,
a los pobres, en las aguas del agonizante río Lempa:
“el que quiera seguirme a Estados Unidos,
que deje a su familia y abandone las maras, la violencia,
el hambre, la miseria, que olvide a los infames
caciques y oligarcas de Centroamérica, y sígame”;
y aún mientras caía, antes aún de las mutilaciones,
antes de que lo llevaran al forense hecho pedazos
para ser enterrado en una fosa común como a cualquier otro
centroamericano, como a los cientos de migrantes
que cada año mueren asesinados en México,
mientras caía con los brazos y las piernas en forma de cruz,
antes de llegar al suelo, a las vías, antes de cortar Su carne

³ Poema publicado en el *Libro centroamericano de los muertos* (2018, pp. 20-21).

las cuadrigas de acero y los caballos de óxido de La Bestia,
antes de que Su bendita sangre tiñera las varias coronas de espinas
que ruedan sobre los rieles clavados con huesos
a la espalda del Imperio Mexica, el Señor recordó en visiones
a su discípulo Francisco Morazán y le dio un beso en la mejilla,
y tomó un puñado de tierra centroamericana y ungió con ella
su corazón y su lengua, y recordó que Morazán le preguntó una vez,
mientras yacían bajo la sombra de una ceiba,
aquella en la que había hecho el milagro de multiplicar el aguardiente
y las tortillas: “¿Maestro, qué debemos hacer si nos detienen
y nos deportan?” a lo que Él respondió: “deben migrar setenta
veces siete, y si ellos les piden los dólares y los vuelven a deportar,
denles todo, la capa, la mochila, la botella de agua, los zapatos,
y sacudan el polvo de sus pies, y vuelvan a migrar nuevamente
de Centroamérica y de México, sin voltear a ver más nunca, atrás...”.

Carpero (Saltillo, Coahuila)⁴

*Para mi hermano, el paleontólogo Rubén Rodríguez de La Rosa
y especialmente para David Fernando Rodríguez Robles[†], a quien debo esta historia.*

*

Bajo el sol de Saltillo levantamos la carpa.

Mañana celebrarán aquí la fiesta de quince años de una muchacha;

habrá música, baile y cervezas.

Cargamos los fierros y atamos lazos de plástico en las cuatro esquinas

de la lona más grande,

parecida a la piel viva y reseca de los dinosaurios que poblaron,

hace millones de años, esta tierra desértica.

Para matar el tiempo —antes de que lo apuñale el sol— escuchamos la radio

y sabemos que las mismas canciones serán tocadas por el conjunto norteño

que amenizará el festejo.

Es hora de comer y repartimos los tacos de frijoles, los tacos de carne asada,

la salsa de chile güero, las sodas.

Arriba el sol es una luciérnaga gigante que gira lento en el frasco de vidrio

de un cielo sin nubes, lleno de pájaros de polvo, de espesa y sucia luz.

La mujer de la estación de radio nos lee una noticia asombrosa:

Christine Jianxin Lee de 17 años, estudiante de ingeniería química de Malasia, recibió por error 4.6 millones de dólares en su cuenta de Westpac, el banco más grande de Australia. Sin embargo, en lugar de notificar al banco o a las autoridades, se gastó un millón en bolsas de lujo, joyas y otros artículos. Christine fue arrestada cuando intentó salir de Australia con destino a Malasia. Ahora deberá comparecer ante un tribunal en Sidney y devolver todo el dinero. La magistrada Lisa Stapleton, al escuchar el caso, dijo que no procede como crimen: "Es dinero que todos soñamos tener".

Al igual que Christine Jianxin Lee, nosotros también soñamos.

⁴ Poema publicado en el *El tañedor de cadáveres* (2021, pp. 33-36).

Ni bien la locutora ha terminado de leer la nota, nos lanza en directo la pregunta:

*¿Qué haría usted, radioescucha, si por error aparecieran
cuatro punto seis millones de dólares en su cuenta...?*

Ninguno de nosotros responde de inmediato.

Tragamos lento, rumiamos con ira la carne de cartón de los tacos, los frijoles,
el ligero sabor a detergente de las tortillas de harina,
nos servimos a grandes cucharadas la salsa, un vaso más de soda,
caliente como los orines de un perro.

Somos cuatro levantando los veinte metros de sombra:

el Terminator, el Pokémon, el Catracho y yo.

¿Tú qué harías con esa plata? me dice el Pokémon.

“Llevaría a mi mamá con los mejores médicos de Estados Unidos
para que la curen, luego le compraría una casa a mis papás
y enterraría lo demás en el desierto, para que no lo encuentren”.

Terminator, ¿qué harías con toda esa feria?, le pregunto.

“Me iría para el otro lado y me conseguiría una de esas *morras* que salen en *VHI*, compraría
una *troca* bien perrona y tuneada y llevaría a la morra conmigo
a pasear por las playas de Miami, pero le dejaría la mitad de la feria a mi familia”.

El Pokémon responde sin que nadie le pregunte:

“Contraría unos sicarios para que maten a los narcos
que *levantaron* a mi hermano y a mi papá,
luego me iría a los Estados Unidos y pondría con mi esposa
un restaurante de comida mexicana en Phoenix:
ella cocina muy sabroso”.

Volteamos a ver al Catracho, que mira hacia la calle, sin decir nada.

Es el más trabajador de todos, llegó a Coahuila el año pasado:

como no tenía dólares para pagar la cuota,
los narcos lo aventaron del tren y se lastimó las costillas,
la nariz, la mano derecha.

El padre del albergue para migrantes lo llevó al hospital y ahora trabaja con nosotros

en el *staff* cargando cables y bocinas, lazos y tubos, lonas;
reúne dinero para pagarle al coyote que lo llevará hasta Atlanta,
Georgia, donde se reunirá con sus hermanos.

Al ver que permanece sin hablar, le pregunto al Catracho:

“¿Qué harías tú con los cuatro millones de dólares?”

El Catracho respira hondo y jala del gatillo de su voz para decirnos a quemarropa:

“Yo compraría todos los paisajes que vi montado en *La Bestia*”.

**

Agachamos la mirada y nos quedamos en silencio, como si el aire y el sol,

de repente,

hubiesen muerto.

Sin aliento, arrancamos del suelo nuestros pesados cuerpos.

Bajo el sol de Coahuila levantamos sombras,

sueños.

El alfabeto doliente de Centroamérica: nosotros somos el muro⁵

*Soy La Bestia,
el principio de todas las cosas,
el fin del sueño americano.*

Noé Lima

*Este país cruzado a diario por caravanas
Buscan las gotas de la esperanza
allá en la tierra del águila calva.*

Miroslava Rosales

Todo poema que migra es el inicio de un aullido imborrable tatuado en la memoria colectiva, porque el poeta testimonial nos da un machetazo de lucidez decapitando la cabeza de barro de nuestra apatía y nos despierta de la infamia para solidarizarnos activa y poéticamente contra la miseria humana.

Aquí y allá la lectura de las pesadillas y los oscuros estados interiores de quienes migran hacia la llaga purulenta del *american dream*: desgarradura en carne viva que inicia en el Darién panameño, se desangra en tierras de Nicaragua y sobre todo el muñón centroamericano e incluso más allá, desde Chiapas hasta las entrañas pestilentes del norte de México, donde las violaciones, secuestros, asesinatos y feminicidios son cifrados por el machete de tinta de la poesía en el subsuelo lírico de ciertas páginas, versos tallados con clavos de sangre sobre el madero de las calles y tatuados en el rostro senil de la arrugada belleza canónica y literaria, dejándole su marca indeleble pero precisa, brutal, sin concesiones ni miramientos, exhibiendo la infamia y la mezquindad en toda su extensión, y antes que nada, con plena conciencia cívica y sabiduría p(o)ética lopezvelardeana: “mejor será no regresar al pueblo, al edén subvertido que se calla en la mutilación de la metralla”.

El poeta comprometido escribe no con pluma ni con lápiz, sino con un largo machete cariado por tanto uso y con el filo inextinguible

⁵ *Inédito* (este texto forma parte del proyecto creativo del autor correspondiente al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte, disciplina Letras, especialidad Poesía, emisión 2022, SACPC, Secretaría de Cultura, México).

de su voz que brilla en ambos lados, machete de afilada sangre para desmembrar líneas, versos y palabras que apila en cada poema como quien recoge los pedazos mutilados de la vida machetazo a machetazo, dispersos todos después de la brutal pelea contra el olvido para formar un nuevo y sanguinolento cuerpo al que se le notan las suturas, las heridas, los tajos: tal es el cuerpo de Centroamérica.

Metáfora del horror, la poesía testimonial no debe guardarse nada, debe mostrarnos las entrañas latientes que arranca a la desolación y a la muerte, y no solo exhibir nuestras miserables vísceras, sino también los despojos vomitados y escupidos por el necropoder, por el Estado, por el capitalismo, por el neoliberalismo tecnócrata, nido de bestias que pauperizan y empobrecen hasta la médula a millones de seres humanos, echándolos a los perros guardianes de las fronteras, a los rabiosos cancerberos del infierno teñido con anémico verdor de los dólares, donde todos somos mercancía, objetos vendibles y tasables, al tiempo que desechos humanos contemporáneos de La Bestia —cuyo apetito insaciable nunca termina— la verdadera, en cualquiera de sus mutantes y sutiles formas.

Sobre la patria de las fragmentaciones yacen los migrantes asesinados: en sus cuerpos florecen las ramas oscuras del anonimato, de la desaparición, de la incertidumbre, por eso las flores de varia y ética poesía que crecen entre los versos del documental testimonio son brotes de sangre, ramilletes de costras y plasma seco, ramas de pus y renuevos con pústulas, palabras hirientes, cortantes, guillotinas que taján el aliento, machetes que cortan la lengua en pedazos cada vez más pequeños, insignificantes y sanguíneas letras del alfabeto doliente de Centroamérica con las que se escribe el testamento de La Bestia sin ceder a la tentación de hacer de los migrantes una parvada de mártires, sino vivientes versos de una poesía distópica donde el poeta se yerga de nuevo de entre las ruinas del mundo y se ofrezca desnudo a las plagas del odio con su escupitajo de ácida luz dispuesto a horadar los oídos y el corazón de los sordos, palabras que enuncian y denuncian sin detenerse a cumplir los estándares del herrumbrado y canon.

El poeta migra y desgaja las ramas torcidas de la empolvada tradición poética para afirmar su inconfundible filiación a la poesía documental/testimonial de nuestro continente, la de Centroamérica, cuyos espíritus tutelares —Alaíde Foppa, Roque Dalton, Otto René Castillo, Leonel Rugama, Roberto Sosa, Ernesto Cardenal, Luis de Lion, Ana María Rodas, entre los más conspicuos— están en su escritura, en sus poemas de largo desaliento, de intensa violencia lírica, de profusa migración verbal, insaciable marabunta de verbas que retrata la forzada violencia y desplazamiento de miles de centroamericanos, africanos, sudamericanos, haitianos, asiáticos y tantos más que huyen y se alejan de su patria en inhumano e inacabable éxodo, distantes del suelo y de la familia que los vio nacer, pues también huyen del hambre, de la miseria, de la violencia de una vida que no es vida sino condena y sobrevida, dolorosa e inevitable agonía en un largo viacrucis que principia incluso desde antes de nacer.

Los migrantes, desplazados, exiliados, refugiados, asilados, expulsados, son corazones en tránsito que hablan y dan su testimonio, envés del espejo roto del sueño americano, de la pesadilla centro-sudamericana-mexicana encarnada lírica y fielmente en animal, en ente sobrehumano, en maquinal sujeto lírico, uno que lanza al viento su aullido de niebla negra, su humo oscuro y asfixiante: La Bestia (y sus innumerables epígonos), cuya sombra está mezclada con lluvia ácida, sudor, saliva, leche, semen, sangre y vómito para hacer la tinta de este poema y untarla en cada verso, en cada grito del tren de la muerte, en cada bestial bramido que lanza durante su recorrido geográfico por los territorios de la desaparición, por el Xibalbá, por el Inframundo y por el Mictlán que son, a fin de cuentas, paisaje y escenario del éxodo americano/africano/asiático, migración por un México infernal para intentar llegar a Estados Unidos.

La Bestia de la migración forzada escupe cadáveres y huesos a lo largo de su invertebrado recorrido de más de 3000 kilómetros de odio, escribiendo la muerte con violencia y brutalidad en cada cuerpo que mutila, en cada mano indocumentada que taja, en cada espalda nómada que hiere, en cada mujer desplazada que viola, en cada corazón migrante

que despedaza, en cada sueño desarraigado que taja, en cada lengua en éxodo que transforma en muñón, hasta dejar en orfandad su largo y desgarrador gemido que solaza con inicuo placer a quienes idolatran a La Bestia necrótica y forman parte de su barbarie: maras, narcotraficantes, policías, judiciales, militares, proxenetas, coyotes, agentes de la migra y todos los que lucran con la tragedia migrante: antítesis del sueño americano.

Necropoética memoria de los pueblos en tránsito, de las gentes que migran, de las centroamericanas y centroamericanos y otros migrantes que sufren, desde hace décadas, la inacabable noche del horror. Porque sus cuerpos viajantes son poemas que andan, son heridas abiertas, extensas y profundas costras cuyos ojos vacíos nos miran fijamente desde la página, sangrantes, goteantes, como en un laberíntico e infinito iris de baba negra que huye en espirales y caravanas sin fin: atisbo del dolor migrante, orfandad y desarraigo de quienes deambulan entre sus propios restos tratando de alcanzar *el norte* y piden únicamente les sea reconocido el humano y fundamental derecho de migrar, vivir y morir en la tierra prometida, sea esta Centroamérica, México, Estados Unidos o cualquier otro lugar del mundo en donde puedan tener una pequeña paz, así como una vida, y al menos una muerte, más humanas, más dignas.

Referencias

Balam Rodrigo. (2018). *Marabunta*. 2ª edición. Praxis.

Balam Rodrigo. (2018). *Libro centroamericano de los muertos*. (1ª reimpresión, agosto, 2020). Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura/Instituto Cultural Aguascalientes/Fondo de Cultura Económica.

Balam Rodrigo. (2021). *El tañedor de cadáveres*. Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León.

ⁱ Nota de autor

Mexicano. Maestro en Ciencias Biológicas, Sistemática por la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México. Integrante del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA), disciplina Letras, especialidad Poesía, Secretaría de Cultura, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. Correo electrónico: balamrodrigo@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-8899-6579>